

NO PARA SER SERVIDO, SINO PARA SERVIR Y DAR LA VIDA
(Cf. Mt 20,28)

Meditación ante el Cristo de la Caridad

Luis Fernando Álvarez González, sdb

«El Domingo de Pasión se celebrará solemne Besapies al Santísimo Cristo de la Caridad, teniendo lugar la víspera del mismo una meditación como acto o retiro preparatorio de la Semana Santa» (Regla 21ª, 7).

* * *

Vuelvo esta noche, sin haberme ido del todo, a nuestra Casa de Betania y encuentro a mis amigos reunidos, y a Jesús «en medio de nosotros» (cf. Regla 10ª). Él es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6). Nuestro amigo, «Maestro y Modelo de vida, Luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos» (Reglas. Introducción, p. 11). Y nosotros somos los amigos del Señor, que nos amó y se entregó a la muerte (cf. Ga 2,20) por nosotros y al que nos esforzamos por conocer y amar cada día mejor e imitarle siguiendo sus huellas y amoldándonos a su imagen (Reglas, *Ibidem*).

1.

*«A Dios nadie lo ha visto jamás;
el Hijo único, que está en el seno del Padre,
es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).*

Imagino al imaginero en el momento de crear tu imagen. En el momento de hacer visible lo invisible. Yo era un niño entonces. Ahora en esta etapa de mi vida y a punto de empezar a meditar, con mis hermanos de Santa Marta, sobre quién eres Tú y qué significas para nosotros, siento, Cristo de la Caridad, cuánto me hubiese ayudado haber hablado con Luis Ortega Bru sobre tu imagen, sobre Ti, sobre tu vida entregada, sobre la suya... Una imagen no se entiende bien sin conocer la vida de su imaginero.

Cuando Ortega Bru entregó a la Hermandad tu imagen tenía 37 años. Hacía 14 que habían fusilado a su padre y que él mismo había sido condenado a muerte. Y hacía 17 años que habían matado a su madre. Imagino al imaginero en la soledad de su taller tallando sobrecogido y entre recuerdos la imagen de un ajusticiado, que había corrido la misma suerte que su madre, Carmen, y que su padre, Ángel. Mientras modelaba tu imagen, tuvo tiempo para hacerse y para responder tantas preguntas. La respuesta a todas ellas eres tú, Cristo de la Caridad. Siendo el Hijo de Dios te has hecho uno de nosotros. Sin jugar con ventaja. Has entrado en nuestro mundo por la puerta de servicio. Te has puesto en la cola de la vida como uno de tantos. Sin privilegios. Has compartido nuestro mismo destino como uno de tantos, has tenido por única riqueza solo la vida y la has entregado por nosotros sin dudarlo un momento y sin reservarte nada.

Mientras te creaba, en aquellas largas jornadas de taller en que iba viendo aflorar tu rostro en la madera, Ortega Bru te veía ya claro y diáfano en lo hondo de su corazón, sobrepuesto a los rostros de su madre y de su padre. Veía ese mismo rostro tuyo que ahora vemos nosotros estremecidos. El rostro de la misericordia del Padre. Nuestro hermano imaginero ha sido capaz de modelar en tu imagen la inmensa solidaridad de Dios, que se hace cargo de los débiles y de los pobres y toma partido por los perseguidos y por los que son víctimas de la injusticia. Contemplamos en tu imagen la desmedida compasión de Dios. Un Dios que no soporta el sufrimiento de su pueblo (Ex 3,16-17), que conoce de primera mano el dolor, el desprecio y la prepotencia de los poderosos. Que ha llorado, ha gritado y ha sentido la soledad y el miedo. Que se ha tomado en serio la miseria de los hombres y la ha sentido como suya, en su propia carne. Que continúa sufriendo hoy, ahora, con la tragedia de los refugiados y de los descartados... Y ha sido así, en esa debilidad extrema, callada, padecida, como nos ha descubierto el amor y la misericordia del Padre.

«Una imagen vale más que mil palabras», afirma casi como un dogma la teoría de la comunicación. Y yo siento el temor de que mis palabras sean tantas y tan torpes que puedan llegar a silenciar, como una mordaza, el grito claro y

poderoso de tu imagen. Por favor, no me escuchéis a mí, hermanos. Mirad, mirad más bien su imagen. Y pedid al Cristo de la Caridad que meditando en su vida, lo sigamos en la nuestra.

2.

*«Hace tanto tiempo que estoy con vosotros,
¿y no me conoces, Felipe?
Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre (Jn 14,9)»*

Sí, eres la imagen viva de tu Padre. Quien te ve a Ti, así, ve a tu Padre (cf. Jn 14,9) y comprende finalmente quién es Dios. Él decía que Tú eres su hijo querido, el predilecto. Te quiso como solo un padre puede querer a su hijo. Ese amor que te tiene el Padre yo lo pude vislumbrar contemplando una escena aquí, el día en que la Hermandad de Santa Marta enterró a un Hermano Mayor, que se fue con el corazón lleno de nombres. Al terminar la Misa de las exequias, trasladamos el féretro de nuestro buen Hermano Mayor desde el presbiterio del altar mayor a la capilla, ante tu imagen, y lo pusimos en el suelo, sobre la cripta donde reposan los restos de tu imaginero y las cenizas de los hermanos que allí esperan la resurrección final. Entonces vi llorar de pena a su anciano padre. Era un llanto amargo, lleno de tristeza, que rompía en sollozos. Y comprendí, de pronto, el dolor profundo de tu Padre.

Me emociona conocer, que Tú sabes bien que tu Padre nos ama a nosotros tanto como a Ti; hasta tal punto que te entregó a Ti a la muerte, para librarnos a nosotros, tus hermanos, de la muerte eterna. Aquí está encerrado el secreto de la Misericordia del Padre. Esto tenemos que entenderlo y debemos pedirlo a nuestro amigo y Señor Jesús.

3.

*«Vosotros, todos los que pasáis por el camino,
mirad y ved si hay dolor
semejante al dolor que me atormenta»
(Lam 1, 12).»*

Cuando Ella te tuvo nuevamente en su regazo, al bajarte de la cruz, extendido inerte sobre sus rodillas, miró lentamente aquel cuerpo, que ella había llevado en su seno, que había dado a luz, amamantado, cuidado con ternura y visto crecer lleno de vida y de amor por los demás: el buen samaritano, el pastor bueno, el mejor de los nacidos de mujer, el que había pasado por la vida haciendo solo el bien.

Cuando las manos de tu Madre tocaron tu frente, notando en las yemas de sus dedos las heridas de las espinas, pasó por su mente, en un instante, toda tu vida. El nacimiento en la pobreza extrema del establo de Belén. Los años felices que Ella y su José habían compartido en aquella casa humilde de Nazaret contigo. ¿Recuerdas? Fue precisamente José quien te impuso el nombre el mismo día de tu circuncisión: Yeshúa. Y sentía un orgullo inmenso cuando en el pueblo te llamaban *Yeshúa bar Yosef*, Jesús el hijo de José. El bueno de José se preocupó no sólo de jugar contigo, primero, y de enseñarte un oficio, después, sino también de iniciarte en la vida de fe y de fidelidad a la alianza. Tu Madre querida, que conocía una buena parte de la Escritura de memoria, como casi todas las madres judías, te había explicado los pasajes más importantes del Deuteronomio. En tu casa se recitaba por la mañana y por la tarde el Shemá Israel: «Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,4-9). Estas palabras, oídas a tu madre y a tu padre cada día, por la mañana y por la tarde, y repetidas luego todos los días de tu vida, se habían grabado profundamente en tu corazón. Estoy seguro que tu Madre te explicó el significado de aquella oración diaria: “Mira, Jesús, esta oración que recitamos todos los días tu padre, tú y yo, nos recuerdan lo más importante de nuestra religión: vivir enamorados totalmente de nuestro Dios y poner nuestra vida en sus manos de Padre”. Tú recordaste estas palabras siempre. Hasta el momento mismo de tu muerte, cuando dando un fuerte grito, dijiste con absoluta confianza: «Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu»

Palpando los signos de la muerte que se habían enseñoreado de tu vida, María comprobó cómo Tú, conmovido por nuestros sufrimientos, tomaste sobre Ti «nuestras flaquezas y enfermedades» (Mt 8,17), padeciste con los enfermos y te identificaste tanto con ellos que dijiste a tus seguidores: «Estuve enfermo y me visitasteis» (Mt 25,36). Tú Madre llegó a la conclusión de que Tú curabas, porque deseabas responder a las preguntas más hondas de los enfermos: ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué así? Era como si Tú respondieses a cada uno: «Mira, hermano, a Dios le duele tu sufrimiento y no lo quiere. Y yo he venido al mundo para explicarlo».

Tu peso muerto sobre sus rodillas la hizo reaccionar y fue en ese instante cuando, roto por la pena ese corazón de madre donde caben también las penas de todos nosotros, musitó entre lágrimas, acariciando, tratando de limpiar tu cuerpo ensangrentado y terriblemente desfigurado, con voz desgarrada: «Hijo mío, ¿qué te han hecho? ¿Cómo has podido sufrir tanto?, ¿Por qué te han hecho

esto a ti, que has pasado por la vida haciendo solo el bien? ¿Quién te ha hecho esto?».

4.

*El Señor le preguntó a Caín:
Dónde está tu hermano Abel?
«No lo sé» —respondió—.
«¿Acaso soy yo el que debe cuidar a mi hermano?»
(Gen 4,9).*

Tu Madre se hizo en el Calvario las mismas preguntas que se plantean todas las mujeres ante la muerte injusta y violenta de sus hijos. También hoy. En nuestro mundo existe mucho dolor y mucho sufrimiento. Demasiado. ¿Quién te ha hecho esto? Tu Madre tenía sobre sus rodillas el fruto amargo del pecado del mundo. En realidad, la pregunta de tu Madre, – ¿Quién te ha hecho esto?– es la misma pregunta que hace tu Padre a Caín inmediatamente después de haber matado por envidia a su hermano Abel: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). La respuesta de Dios destaca que la sangre de Abel clama al cielo y llega hasta Él (cf. Gn 4,10). Y que a Dios le importa y le duele la muerte de Abel. Es evidente que el pecado mata y convierte al mundo en una selva. Introduce dolor y sufrimiento. Y tu Padre siente en su corazón la muerte de todos los “Abeles” de la tierra. Exactamente el mismo dolor que siente por tu muerte en la cruz. El mismo dolor que siente tu Madre ante tu cuerpo muerto. El dolor de tu Madre es la medida de la maldad del pecado. Mi pecado, tu pecado, nuestro pecado mata a las personas y ofende a Dios.

Y sin embargo, aún siendo tan horrible o precisamente por ser tan horrible «nuestro pecado enciende en Él (Dios) una llama de amor más intenso, un deseo de devolvernos y reinsertarnos en su plan de salvación [...]. Dios es bueno. Y no sólo en sí mismo; Dios es –digámoslo llorando- bueno con nosotros. Él nos ama, busca, piensa, conoce, inspira y espera. Él será feliz –si puede decirse así–el día en que nosotros queramos regresar» (Beato Pablo VI). «Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!» (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 3). ¡Esta es la misericordia de nuestro Padre! «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

5.

*«Y dijo Dios:
Hagamos al hombre
a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26)*

Las personas, tenemos ideas falsas sobre Dios. Sobre tu Padre. Y además arraigadas. Eso nos lleva a juzgar, a condenar e incluso a matar en su nombre. Creo, Señor de la Caridad, que esto ha podido ser lo que menos te ha gustado nunca de nosotros los hombres y las mujeres. Lo deduzco de una escena impresionante que nos traen los relatos de la pasión. Cuando ya estabas clavado en la cruz, el suplicio más insoportable eran las moscas; pero mucho más terrible que esos insectos fue la maldad persistente de los escribas y los ancianos del pueblo, que te persiguieron como a una presa hasta el monte de “La Calavera”. ¿Te acuerdas, Jesús? Entre otras crueles lindezas aquellos “sepulcros blanqueados” te decían burlándose sin ninguna piedad de ti: «Si eres hijo de Dios baja de la cruz, y te creeremos. A otros ha salvado, que se salve a sí mismo» (Mt 27,41-43). Y tú no te bajaste de la cruz. ¿Por qué no te bajaste de la cruz? Precisamente porque tú eres el Dios verdadero no te bajaste de la cruz. Eres el Dios de verdad; no el que nos hemos inventado nosotros. Es muy difícil inventarse otro Dios distinto viéndote así, entregado en nuestras manos. Y entonces tú dijiste: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Le explicas a tu Padre que los humanos no sabemos lo que hacemos, que nos ofusca la soberbia y el egoísmo, que estamos ciegos y nos hemos equivocado de camino. ¡Quién se lo iba a explicar mejor que tú, en todo semejante a nosotros (menos en el pecado)!

La creación de tu imagen en el taller de Ortega Bru me ha recordado el relato de la creación del hombre y de la mujer. Lo leemos cada año en la gran noche de la Pascua, cuando nacen el mundo nuevo y la humanidad nueva del costado abierto de Cristo Resucitado el nuevo y verdadero Adán (Gn 1,1-2,2). «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26). La mejor imagen de Dios es el hombre. El hombre es la mejor imagen de Dios. Por eso tú te haces hombre cuando vienes a enseñarnos quién es Dios. Pablo lo cuenta de esta manera: Cristo, «a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó, obedeciendo hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,6-8).

Nosotros, Señor, no acabamos de entender que el hombre es la mejor imagen de Dios. Pienso en este momento en una histórica foto: los bomberos de Nueva York (la foto es de Shanon Stapleton, para la agencia Reuters) llevando el cuerpo sin vida de su capellán el 11 de septiembre de 2001. Le habían dicho con insistencia al buen fraile franciscano (el P. Mychal Judge) que había que irse,

que estaba en peligro. Pero él respondía siempre: «Todavía me necesitan aquí». Sorprendió a muchos la enorme semejanza de la escena de la foto con el misterio de Santa Marta. Aquí la veíamos y decíamos: «Es enteramente el misterio».

No obstante, lo verdaderamente importante está en saber quién se parece a quién; qué se parece a qué. Sin dudarlo un instante diré: ¡es el misterio del traslado de tu Cuerpo muerto al sepulcro el que realmente es imagen del traslado del capellán de los bomberos! Porque el hombre es la mejor imagen de Dios. Porque la vida entregada de un hombre que muere por servir a los demás es lo más semejante que existe a la entrega de tu vida; por tanto tu mejor imagen.

Ese fue, creo, el descubrimiento de Ortega Bru cuando modelaba su obra cumbre: el rostro de su madre y el de su padre, ajusticiados como Jesús, que se sobreponían en su corazón, con el del Crucificado, eran la mejor imagen del Cristo de la Caridad que jamás gubia alguna hubiera podido nunca extraer de la madera.

No lo hemos de olvidar, hermanos, en estos tiempos duros: Todo hombre, toda mujer son la mejor imagen de Dios, pero aún más lo son el que sufre, el perseguido, el débil, el necesitado, el enfermo, el refugiado, el pobre. En estos hermanos nuestros tu carne, Cristo de la Caridad, «se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga...», para que nosotros lo reconozcamos, lo respetemos y lo tratemos con cuidado». Para que lo besemos.

Ni lo debemos olvidar tampoco en estos tiempos de persecución, en el que los mártires no son noticia, pero son, en cambio, mucho más numerosos que en las persecuciones de los primeros siglos. «... Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires» (San Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 37). Estos hermanos nuestros son un auténtico estímulo para nosotros a seguir a Jesucristo con mayor radicalidad y entrega. Pidamos al Cristo de la Caridad que nos prepare y nos dé fortaleza para ser sus testigos sin miedo a la persecución.

6.

*«Nadie tiene amor más grande
que quien da la vida por sus amigos»
(Jn 15,13)*

Los Hermanos de Santa Marta somos tus amigos. Queremos llevar la misma vida que Tú llevaste y seguirte por el mismo camino escarpado que Tú recorriste. Pero Tú nos advertiste, con palabras claras y testimonio trasparente, que «nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Tú has dado tu vida. Ahora nos toca a nosotros dar la vida por Ti.

La verdadera amistad lleva al sacrificio y a la renuncia por el otro. Pues no existe mayor felicidad que entregar la vida por amor. Lucio Anneo Séneca (4 a.C. – 65 d.C), un cordobés universal contemporáneo de Jesucristo, en su libro Cartas a Lucilio reflexiona en estos términos: «¿Para qué te procuras un amigo? Para tener por quien poder morir, para tener a quién acompañar al destierro, oponiéndome a su muerte y sacrificándome por él»

EPÍLOGO

La meditación termina con un beso. Besamos tu imagen. Tu pie. En silencio. Contemplando despacio tu imagen, para descubrir en ella la misericordia infinita del Padre. Y para escuchar con atención lo que el Cristo de la Caridad quiere decirte esta noche.

Hermano, hermana, antes de besar el pie de tu Señor, escucha, por favor. Hay muchas maneras de vivir la vida: unas merecen la pena, y otras dan asco. La vida de Jesús mereció la pena. Él nos invita a seguirlo, viviendo una vida como la suya, si queremos.

* * *

(Puestos de pie recemos un padrenuestro por Luis Ortega Bru y por todos los demás Hermanos de Santa Marta que nos han precedido en la fe y duermen en la paz del Señor)

Sevilla, 12 de marzo de 2016.